

La oscuridad mató al girasol

Stephanie Martínez



Capítulo 1

Despierta la aurora sonrosada
algo arrojada por intrépidas y estridentes aves;
sabe que es arte, sabe lo que emana.

Ahora bien,
es a mí para quien danza
este atlántico retorno de los charranes.

Me traen rumores de olas de otras ciudades,
foráneos graznidos que trasbordan victorias, también quejidos
[tan bien tejidos.

Vuelan irregulares, muy alto y muy bajo
muy cerca y muy lejos
artimañas, la verdad, tan familiares
tan conocidas que punzan rincones de mi quimérica figura.

¿Eres tú que contra mí algo conjuras?
¿es tu espanto el violento batir de las alas?
¿eres tú quien implícito me habla?
¿es el vuelo circular tu inquieta calma?

Tal vez esa córnea de plata tuya,
desafiante y grisácea como el ave que ahora me mira,
anhela mi elegante desfilas sobre la duda.

Tanto tiempo pasó que ya no pesa la hora:
un día, para mí, no es más que una brisa liviana
soporta sin molestia el repentino recuerdo de una traición
de igual forma que brota, se guarda y atesora.

Hay alivio en el paradigma que tú eres,
la sombra de tu clima, perpetua visitadora,
atropella a las demás que sobre mí se ciernen
y me temple si ve que mi libertad tiembla.

Más profundo que todos los sonetos al desamor,

la savia coagulada sobre la tierra tras el deceso de la flor,
o la urbe de tu cuerpo proclive a iluminarse con mi beso;
más que todo eso, más profundo es mi latido para que tu lo escuches.

Es inútil considerar la lejanía un confrontamiento;
nací de tu costado y tú de mi sílaba
nuestro nacimiento nos unirá por siempre
pedir clemencia nos nacerá,
por ende,
cuando nos mate nuestra predestinada dependencia.